

EDICTO

PUBLICANDO LAS ÚLTIMAS LETRAS APOSTÓLICAS DE NUESTRO
SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII.



NOS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ, PRELADO DOMÉSTICO
DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL
SOLIO PONTIFICIO.

Á NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIÓCESI,
SALUD Y BENDICIÓN.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:

ACABAN de llegar á nuestras manos las Letras Apostólicas, que al empezar el año vigésimoquinto de su Pontificado, dirige Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII á los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del Orbe Católico. Quisiéramos comunicarlas íntegras á todos vosotros, así á los eclesiásticos como á los seglares, añadiéndoles al mismo tiempo reflexiones y comentarios. Pero la generación frívola y ligera de los tiempos ac-

tuales, tiene horror á las palabras serias y se asusta de todo discurso largo; y si lo hiciéramos, no la recorrerían todos aquellos á quienes desea su augusto Autor que llegue su soberano discurso. Será preciso, por tanto, elegir los pasajes más importantes, ser sobrado parco en nuestras explicaciones, y dejar que nuestro clero lea íntegro el Apostólico documento en su texto original, mientras los eruditos seculares saborean la traducción en las hojas periódicas. Vosotros, entretanto, amados fieles, escuchad las conmovedoras doctrinas que nuestro venerado Pontífice llama su *testamento*, con el respeto, atención y piedad con que los hijos de Jacob, arrodillados en derredor del lecho del santo Patriarca, oyeron lacrimosos sus postrimeras profecías. He aquí como da principio á sus Letras el Sumo Pontífice:

Llegado el año vigésimoquinto de Nuestro ministerio Apostólico, y maravillado Nos mismo del camino recorrido en medio de cuidados arduos é incesantes, Nos sentimos naturalmente movidos á levantar el pensamiento hacia el Dios de bondad, que ha querido concedernos entre tantos beneficios también una diuturnidad de Pontificado, que cuenta apenas uno que otro ejemplo en la historia. Al Padre de todos, al que tiene en sus manos el secreto de la vida, suba, pues, como un vivo desahogo del corazón, el himno de gracias. De cierto que pupila humana no puede penetrar todo el consejo divino sobre una longevidad tan prolongada y de ninguna manera prevista, y á Nos sólo toca adorarlo en silencio; pero una cosa sí sabemos, y es que si le plugo y le place conservar aún Nuestra existencia, Nos incumbe un altísimo deber de vivir para el bien y el incremento de su immaculada esposa la Iglesia, y de no acobardarnos ante las solicitudes y los trabajos, consagrándole hasta el último resto de Nuestras fuerzas.

Después de este tributo de justo reconocimiento al Padre nuestro

que está en los cielos, á quien sea dada gloria y honor por toda una eternidad, Nos es grato dirigir el pensamiento y la palabra á vosotros, Venerables Hermanos, llamados por el Espíritu Santo á regir selectas porciones de la grey de Jesucristo, y que, por tanto, sois con Nos partícipes de las luchas y triunfos, de los dolores y gozos del ministerio pastoral. No; jamás se nos borrarán de la memoria las pruebas múltiples y preclaras de religioso obsequio que nos habéis venido dando durante el curso de Nuestro Pontificado, repetidas con amoroso afán en las actuales circunstancias. Unido á vosotros íntimamente por deber de oficio y paternidad de afecto, sobremanera gratas Nos llegan estas vuestras devotas manifestaciones, no tanto por lo que toca á Nuestra persona, como por el alto significado que asumen de adhesión á esta Sede Apostólica, centro y perno de todas las demás sedes del Orbe Católico. Si alguna vez fué preciso que se conservasen celosamente adheridos, en caridad recíproca, en mancomunidad de pensamientos y propósitos, hasta formar un solo corazón y una alma sola, todos los grados jerárquicos de la Iglesia; más que nunca es esto necesario en los tiempos que corren. ¿Quién puede, en verdad, ignorar cuán vasta es la conspiración de fuerzas hostiles que tiende hoy día á derribar y desmoronar la grande obra de Jesucristo, intentando con una pertinacia que no conoce límites, destruir en el orden intelectual el tesoro de las celestes doctrinas y trastornar en el orden social las más santas, las más salutíferas instituciones cristianas? Vosotros mismos tocáis con la mano todos los días estas cosas, vosotros, que mil veces nos habéis manifestado vuestras preocupaciones y angustias, lamentando la mescolanza de prevenciones, de falsos sistemas y de errores que se van propagando á mansalva en medio de las multitudes. ¡Cuántas asechanzas se tienden por todos lados á las almas creyentes! ¡Con cuántos obstáculos se procura todos los días debilitar, ó si es posible nulificar la acción benéfica de la Iglesia! Y entretanto, como para añadir al daño la burla, se retuerce contra la misma Iglesia la acusación de no saber recobrar la antigua virtud y enfrenar las turbulentas é invasoras pasiones que amenazan con llevar hasta el extremo toda clase de destrucción.

Antes de pasar adelante, amados diocesanos, debemos haceros notar que estas últimas palabras se refieren á los desórdenes que se están verificando en Europa, y que entre nosotros no se dejan sentir con tanta fuerza, merced á los diversos elementos que constituyen nuestra sociedad. Se lleva, en efecto, el descaro hasta el grado de achacar á la Iglesia los movimientos socialistas y anarquistas, echándole en cara el que no tiene fuerza para atajarlos. Esto es, en verdad, añadir el escarnio á los muchos daños que se le han hecho, como dice el Sumo Pontífice. Algo vemos también en nuestra México esta tendencia, cuando los que nos han quitado los medios de educar al clero ó de practicar la beneficencia, nos hacen responsables de la miserias morales ó materiales, que no pueden menos que resentirse. Seguid escuchando al Pontífice:

Quisiéramos discurrir con vosotros, Venerables Hermanos, sobre un argumento más agradable y que estuviese más en armonía con la festiva ocasión que mueve á hablaros. Pero no lo permiten ni los graves aprietos de la Iglesia que requieren inmediato alivio, ni las condiciones de la sociedad contemporánea, la cual, por el abandono de las tradiciones cristianas, si mucho sufre ya moral y materialmente, á peores calamidades se encamina; siendo ley de la Providencia, confirmada por la historia, que no es posible despojarse de los grandes principios religiosos, sin conmover las bases de la prosperidad civil. En tales condiciones, para infundir nuevamente, y á tiempo, en los ánimos, aliento, fe y valor, conviene considerar en su origen, en sus causas y en sus variadas formas, la guerra que arde para daño de la Iglesia, poner de relieve sus funestas consécuencias y señalar sus remedios. Por tanto, aun repitiendo lo que otras veces se ha dicho, vibre sonora Nuestra palabra, y no sólo para los hijos devotos de la católica unidad, sino también para los disidentes y aun para los des-

dichados que no creen, siendo todos hijos del mismo Padre, y ordenados al mismo bien supremo; y resuene á guisa de testamento que, poco distante como Nos hallamos de las puertas de la eternidad, queremos legar á las naciones con el deseo y augurio de la salvación universal.

Terminando este exordio brillante, pasa el Augusto Pontífice á exponer el primero de los tres puntos anunciados, á saber: el origen de la guerra contra la Iglesia. Nos pinta á su divino Fundador Jesucristo, manso y humilde, siempre practicando el bien, siempre huyendo de las grandezas humanas, y, no obstante, siempre perseguido. Iguales persecuciones predice á sus Apóstoles, y en medio de persecuciones nace la Iglesia. Por tres largos siglos pretende ahogarla en sangre el Imperio Romano. ¡Vano empeño! Muere el Imperio y la Iglesia sobrevive. Continúan persiguiéndola las herejías, ya solapadas, ya manifiestas; viene del Norte, cual devastador huracán, la invasión de los Bárbaros; viene del Sur la del Islamismo: siempre triunfa la Iglesia. La corroe el Cesarismo, sirviéndose de ella al mismo tiempo que le causa celos su autoridad; la desgarró la herejía Protestante del siglo XVI, que combate crudamente al Papado y rompe el vínculo de la unidad: la Iglesia sobrenada en medio de tantas tormentas. Habla, por último, de los tiempos modernos, y aquí es preciso que escuchéis sus propias palabras:

Abierto así el camino, sobreviene el Filosofismo, orgulloso y burión, del siglo XVIII, y avanza un paso más. Escarnece el sagrado código de las Escrituras, y repudia en montón todas las verdades reveladas por Dios, con el intento final de sofocar en la conciencia de

las naciones toda religiosa creencia, todo hábito de espíritu cristiano. De estas fuentes brotaron los funestos y deletéreos sistemas del racionalismo y panteísmo; del naturalismo y materialismo, que instauran, bajo nueva semblanza, errores antiguos, ya victoriosamente refutados por los Padres y apologistas de los tiempos cristianos; de suerte que los soberbios de la edad moderna, á fuerza de empeñarse en no ver más que con sus propios ojos, no logran sino alucinarse y adoptan los delirios del paganismo, hasta en lo que atañe á los atributos de su alma propia y al destino inmortal que constituye su gran privilegio.

La guerra á la Iglesia asumía, de esta suerte, un aspecto de mayor gravedad que en lo pasado, no menos por la vehemencia que por la universalidad del asalto. La incredulidad actual no se detiene en la duda ó en la negación de ésta ó aquella verdad de fe, sino antes bien, impugna el conjunto de los principios consagrados por la revelación y sufragados por la sana filosofía; de aquellos principios sacrosantos y fundamentales que enseñan al hombre el fin supremo de su existencia; lo contienen en el deber; le infunden valor y resignación; y prometiéndole incorruptible justicia y bienaventuranza perfecta más allá de la tumba, le inculcan la persuasión de subordinar lo temporal á lo eterno, la tierra al cielo. ¿Y qué se substituye á estos dictámenes, á estos consuelos incomparables de la fe? Un espantoso escepticismo que hiela los corazones y sofoca toda aspiración magnánima de la conciencia.

Y por desgracia, doctrinas tan funestas han pasado, como veis, Venerables Hermanos, de la órbita de las ideas á la vida exterior y á las esferas públicas. Grandes y poderosos Estados van de continuo poniéndolas en práctica, imaginándose capitanear de tal suerte los progresos de la civilización universal, y como si no fuera obligación de los públicos poderes el acoger y reflejar en sí propios, cuanto hay más sano en la vida moral, se consideran desligados del deber de honrar públicamente á Dios; y muy á menudo acaece que, gloriándose de ser indiferentes á todas las religiones, hostilizan la única establecida por Dios.

Del cual sistema de ateísmo práctico tenía necesariamente que surgir, y surgió, una profunda perturbación del orden moral, por ser la religión el principal fundamento de la justicia y de la honradez,

como llegaron á entreverlo famosos sabios de la antigüedad pagana. Puesto que, rotos los vínculos que ligan al hombre con Dios, absoluto y universal legislador y juez, no se tiene ya más que una apariencia de moral puramente civil, ó como la llaman, independiente, la cual, prescindiendo de la razón eterna y de los divinos preceptos, arrastra, sin poderlo evitar, por la propia pendiente, á la última y fatal consecuencia de constituir al hombre en ley de sí mismo. El cual, incapaz de esta suerte de remontarse en las alas de la esperanza cristiana hasta los bienes supernos, no buscará más que un alimento terreno en el exceso de los goces y las comodidades de la vida, excitando la sed de los placeres, la codicia de las riquezas, la avidez de rápidas é inmoderadas ganancias, sin mirar á la justicia; inflamando las ambiciones y el furor de satisfacerlas aun ilegítimamente; y engendrando, en fin, el desprecio de las leyes y de la pública autoridad, y una general licencia de costumbres que acarrea una verdadera decadencia de la civilización.

¿Exageramos, por ventura, las tristes consecuencias de esta dolorosa perturbación? Pero si la realidad que tocamos con la mano confirma demasiado nuestras deducciones, y es evidente que si no se repara á tiempo, vacilarán las bases de la sociedad civil, desmoronándose hasta los soberanos principios del derecho y de la eterna moral. He aquí por qué han tenido que sufrir gravemente todas las partes del cuerpo social, comenzando con la familia. Porque el Estado laico, sin mirar ni los límites ni el fin esencial de sus poderes, levantó la mano para profanar el vínculo conyugal, despojándolo del carácter religioso; invadió cuanto pudo el derecho natural de los padres de familia en la educación de la prole; y trastornó en muchos lugares la estabilidad de las nupcias, sancionando con la ley la malhadada licencia del divorcio. Cualquiera alcanza á ver los amargos frutos que éste ha producido, multiplicándose hasta el exceso los casos de matrimonios llevados á cabo únicamente por pasiones innobles y, por tanto, disueltos en breve tiempo, ó terminados con trágicos lutos, ó escandalosas infidelidades; y nada decimos de la prole inocente, abandonada ó pervertida por los malos ejemplos de los padres, ó por el veneno que les propina el Estado oficialmente laico.